

LA HISTORIA TEORICA: ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A LA PROPUESTA HISTORIOGRAFICA DEL PROFESOR J. C. BERMEJO¹

Antonio Presedo Garazo
Universidade de Santiago de Compostela

EL ÚLTIMO ENSAYO historiográfico que debemos al profesor compostelano J.C. Bermejo Barrera viene a completar una ya nutrida serie de obras, redactadas a partir de comienzos de la década de los años 1980, en las que se ha propuesto replantear nociones y cuestiones teóricas de importancia para la Historia como campo del conocimiento, y asimismo para la Historia entendida como discurso-lenguaje². Para ello, ha situado sus reflexiones en el plano de lo trascendental, con el objeto de encontrar respuestas a cuestiones fundamentales que se le plantean al “historiador occidental” a finales del siglo XX, toda vez que la concepción tradicional-modélica de la Historia, consolidada a partir del siglo XIX —el gran siglo de la Historia³—, ha llegado hasta un punto de inflexión. La postmodernidad y el viraje lingüístico, a los cuales debemos añadir otros cambios estructurales no menos importantes acontecidos a lo largo de las últimas décadas del siglo que acabamos de dejar atrás, y que han llegado a afectar incluso a la propia configuración de los Estados (como p.ej. el triunfo de la globalización económica, o la cada vez mayor influencia de los medios de comunicación), han

¹ BERMEJO BARRERA, J.C.: *Pensa-la Historia. Ensaio de Historia teórica*, Ir Indo Edicións, Vigo, 2000, 345 págs.

² Nos referimos, claro está, a su pentalogía: *Psicoanálisis del conocimiento histórico*, Madrid, 1982 (Sada, 1982); *El final de la historia. Ensayos de historia teórica*, Madrid, 1987 (Vigo, 1986); *Replanteamiento de la historia. Ensayos de historia teórica II*, Madrid, 1989; *Fundamentación lógica de la historia*, Madrid, 1991; y *Entre historia y filosofía*, Madrid, 1994.

³ Vid. a modo de síntesis la obra clásica de GOOCH, G.P.: *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, 1977 (1ª ed. en inglés en 1913).

hecho que la Historia —y con ella el historiador— se haya visto desprovista de una parte considerable del entorno socio-institucional que le había permitido desarrollarse cómodamente hasta entonces. Bermejo tiene en todo momento fijadas estas coordenadas circunstanciales, y propone su “Historia teórica” como alternativa a dicha inflexión, aclarándonos que la tesis de F. Fukuyama (1989-1992) sobre el “final de la Historia”⁴, erróneamente a lo que han supuesto muchos historiadores, no afecta en absoluto a la Historia como ciencia, sino a la Historia como proceso. No en vano, la polémica obra del norteamericano es esencialmente una tesis de “filosofía de la historia” en toda regla⁵. De ahí que el propio Bermejo ya hubiese recuperado a G.W.F. Hegel y su visión dialéctica de la Historia, junto con la idea de progreso de I. Kant, cuando en 1987 abordó el análisis de la crisis del discurso histórico⁶; mientras que algunos autores —entre ellos Joseph Fontana— habían comenzado a posicionarse radicalmente en contra de Fukuyama, al interpretar que la argumentación de éste pretendía poner en jaque a la Historia como ciencia⁷. En este contexto de evidente replanteamiento epistemológico en relación a cuál debe ser la finalidad de la Historia como parte del saber, y por lo tanto de reformulación de sus principios y objetivos elementales, tras los cambios enunciados —y sobre todo debido al viraje lingüístico—, el profesor Bermejo ha ido configurando su alternativa de Historia teórica: “unha disciplina que ten como obxecto analiza-los fundamentos lóxicos da disciplina histórica” (p.207)⁸.

Partiendo de este posicionamiento, el autor estructura la obra en cuatro partes bien diferenciadas que agrupan una miscelánea de quince trabajos en los que profundiza en las posibilidades que ofrece la Historia teórica. Ahora bien, si prescindimos de la última (esto es, los capítulos 13, 14 y 15), existe un hilo conductor entre las tres primeras unidades temáticas que evidentemente facilita el comentario de la misma, circunscrible a dos grandes cuestiones que siempre están latentes en las distintas reflexiones: 1º. ¿a qué se debe realmente la crisis de la Historia?, y 2º. ¿qué alternativa posible ofrece entonces la Historia teórica?

⁴ FUKUYAMA, F.: *El final de la Historia y el último hombre*, Barcelona, 1992 (New York, 1992).

⁵ BERMEJO BARRERA, J.C.: *Pensa-la Historia ...*, pp.23-26.

⁶ BERMEJO BARRERA, J.C.: *El final de la historia...*, pp.11 y ss.

⁷ De hecho, Joseph Fontana ha interpretado que la obra de F. Fukuyama se refiere a la Historia como ciencia, cuando realmente lo hace en relación a la Historia como proceso (vid. *La Historia después del fin de la Historia*, Barcelona, 1992).

⁸ En este sentido, el propio autor nos recuerda que “Este labor de asunción da dimensión teórica da historia non só pode ser considerado algo conveniente, ou mesmo útil, para mellora-la calidade das producións historiográficas, senón que tamén pode ser considerada un imperativo, co fin de evitar que a historiografía se cousifique e cumpra unicamente unha función ideolóxica, que é a que as sociedades contemporáneas quixeron asignarlle”. BERMEJO BARRERA, J.C.: *Pensa-la Historia ...*, p.141.

No obstante, antes de adentrarnos en la valoración de ambas cuestiones, es preciso señalar que la cuarta parte, centrada en la historiografía gallega, bien merecería, por sí misma, un comentario aparte. Cuando menos, es preciso destacar dos conclusiones que creemos muy acertadas. La primera de ellas es la notable presencia de metáforas de parentesco (el llamado “arquetipo familiar”) –tras analizar los tipos de relato histórico definidos por J. Rüsen– en las obras de distintos autores –no necesariamente historiadores de profesión– que han echado mano, o no, desde el siglo XVI, de los antepasados imaginarios –entre ellos principalmente los griegos y los celtas– con la intención de colmar de virtudes a un “pueblo” –el gallego– oprimido⁹. La segunda es más bien una llamada de atención a aquellos historiadores –fundamentalmente especializados en Prehistoria e Historia Antigua– que se ofuscan al excederse en sus críticas a las obras de, entre otros, B. Vicetto¹⁰ y M. Murguía¹¹: “O historiador que se deixe levar por esta tentación é curiosamente o que cae nun claro error achacable tanto á súa falta de perspectiva histórica como ós seus prexuízos académicos” (p.291); pues tal como el propio Bermejo nos recuerda al referirse a Vicetto: “Non en van estaba a escribir uns noventa anos antes de que a Universidade de Santiago comezase a ensinar institucionalmente a historia” (p.291), y “Mentres que en Francia, Inglaterra e Alemaña as universidades acadan, en boa parte, se-los elementos xeradores dunha cultura que alcanza unha certa difusión e transcendencia sociais, en Galicia, polo contrario, a universidade, excesivamente conservadora e demasiado vencellada ós medios eclesiásticos, non consegue crear ningún tipo de cultura” (p.333)¹².

Veamos, entonces, cuál es la argumentación que ofrece el autor en relación con dichas cuestiones trascendentales. Aunque la formulación de la situación crítica de la Historia como lenguaje se halla implícita en toda la obra, es a lo largo de los tres capítulos comprendidos en la primera parte donde ha condensado los elementos explicativos principales que han propiciado dicha situación: la crisis de la Historia Universal entendida como Historia de los progresos de la Humanidad; y muy relacionada con

⁹ BERMEJO BARRERA, J.C.: *Pensa-la Historia ...*, pp.285 y ss. También resultan interesantes en relación con esta temática, sus reflexiones aparecidas en BERMEJO BARRERA, J.C. y LLINARES GARCIA, M^a.M.: “Los antepasados imaginarios”, en R. Villares Paz (Dir.): *Historia de Galicia*, Vigo, 1991, vol.I, pp.21-40.

¹⁰ *Historia de Galicia*, 7 vols., Ferrol, 1865-1873.

¹¹ *Historia de Galicia*, 5 vols., A Coruña, 1865-1888.

¹² Vid. en relación con la historiografía gallega decimonónica, las reflexiones de VILLARES PAZ, R.: “López Ferreiro e a Historiografía galega”, *Grial*, 66 (1979); MATO, A.: “Liberalismo e historicismo. A contemplación histórica de España como nación constitucional na obra de D. José Alonso López Nadal”; y BARREIRO FERNANDEZ, X.R.: “A Historia da Historia. Aproximación a unha historiografía galega: De Murguía a Risco”; estos dos últimos incluidos en J.G. Beramendi (Ed.): *Galicia e a Historiografía*, Santiago, 1993.

esta primera cuestión, la crisis de la moralidad occidental –sin la cual no se puede entender, lógicamente, la propia producción historiográfica-¹³.

Tras comprobar que la tesis de F. Fukuyama tiene muchos elementos en común con la Filosofía de la Historia de G.W.F. Hegel, y que por lo tanto su análisis es ciertamente dialéctico¹⁴, Bermejo se decide por un razonamiento kantiano con el ánimo de comprender las claves que explican el funcionamiento del conocimiento histórico. A través de sus constantes reflexiones sobre las diversas etapas evolutivas del pensamiento histórico –situándonos intermitentemente entre el mundo clásico (Herodoto, Tucídides ...) y el mundo contemporáneo–, llega a la conclusión de que durante el siglo XIX se produjo una transformación decisiva en el campo del conocimiento de la Historia (que será incluida a partir de entonces en los planes de estudio, se consolidará como ciencia, y pasará a desempeñar un papel harto importante en la justificación de los emergentes Estados-nación), que provoca la aparición de una nueva noción de Historia Universal. Ahora bien, las abundantes contradicciones que han ido aflorando en la sociedad occidental a lo largo del siglo XX¹⁵, cuya culminación se hallaría en la atrocidad histórica que responde al término Holocausto –perfectamente identificado pese a la corriente historiográfica revisionista¹⁶–, han hecho peligrar de manera alarmante la escala de valores humanos universalmente aceptados, y de los que, obviamente se habían hecho eco las obras históricas. De hecho, ha detectado cinco evidencias que permiten que, en efecto, se pueda hablar de crisis al referirnos al discurso histórico: la ausencia de la perspectiva ontológica, y un excesivo carácter lineal, etnocéntrico-providencial, sexista y exclusivista. Por lo que resulta preciso replantearse la idea de progreso tradicionalmente aceptada en el discurso histórico occidental, si es que existe realmente un interés por superar dicho estadio.

Del mismo modo, es igualmente urgente la reflexión sobre el papel pernicioso que ha desempeñado, en ocasiones, la memoria histórica en la sociedad occidental (capítulos 2 y 3), sobre todo a partir del siglo XIX, pues el olvido selectivo y excluyente se ha ido configurando como una parte fundamental del ejercicio del poder¹⁷. Así, tam-

¹³ De hecho, se trata de tres elementos indisociables –sociedad, moralidad y progreso– en la mayor parte de las teorías historiográficas formuladas por los historiadores contemporáneos europeos. Vid. a modo de ejemplo la propuesta de CARR, E.H.: *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, 1987 (Londres, 1961).

¹⁴ Vid. en relación con la Filosofía de la Historia a GARDINER, P.: “I. Filosofía de la Historia”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol.5, Madrid, 1975, pp.409-413; y FLOREZ, R.: *La dialéctica de la historia en Hegel*, Madrid, 1983.

¹⁵ Perfectamente detectadas, entre otros muchos filósofos, por FROMM, E.: *¿Tener o ser?*, Madrid, 1992 (New York, 1976).

¹⁶ Entre ellos David Irving. Vid. su polémica obra *La guerra de Hitler*, Barcelona, 1988 (Londres, 1977).

¹⁷ BERMEJO BARRERA, J.C.: *Pensa-la Historia ...*, p.80. Esta cuestión también está ampliamente tratada en el cap: 8, pp.185 y ss.

bién es necesario retener en la memoria la imagen de los acontecimientos –y sucesos– de consecuencias nefastas en la Historia de la Humanidad¹⁸, sobre todo si tenemos en cuenta que la memoria –en primer lugar individual, y luego colectiva– siempre opera selectivamente. Aceptar que el mal existe –tal como aparece reflejado en las obras de Leibniz (1710) y Hegel (1830)–, permite que el historiador desarrolle sus potenciales constructivistas, al disponer de una percepción de la realidad lo menos distorsionada posible que le facilite formular un discurso sincero y moralmente aceptable¹⁹.

Llegado a este punto, la Historia teórica le permite a Bermejo obtener respuestas trascendentales a cuestiones obvias que se le presentan al historiador en el momento de elaborar su discurso, y que acostumbran a pasar ciertamente desapercibidas en la producción historiográfica, debido a una evidente carencia de teorización argumental (partes segunda y tercera de la obra).

La manera concreta de expresar y/o formular una explicación histórica, bien a través de la perspectiva científica de la Historia –consolidada a partir del siglo XIX–, bien a través de la corriente narrativista formulada en el ámbito anglosajón, opera, en la práctica, como un marco formal que limita las propias posibilidades discursivas del historiador; de ahí que para liberarse de estas ataduras sea preciso contar con cierta dosis de escepticismo: “Nada ten unha razón, a realidade non é racional nin deixa de selo” (p.125). La Historia no puede llegar a establecer leyes con la contundencia formal con que sí pueden hacerlo, de hecho, las ciencias físico-matemáticas, pues a diferencia de éstas, carece de la posibilidad de emplear el método experimental para obtener resultados –pues el pasado histórico siempre será el pasado histórico en sí, sin más, aunque el historiador emplee metodologías distintas para aproximarse a él²⁰-. De ahí la importancia del discurso histórico, y la necesidad de reflexionar cómo se ha ido configurando a lo largo de la Historia de la Historiografía: “Os feitos históricos non son nada á marxe do discurso histórico que lles dá senso, do mesmo modo que non hai feitos físicos á marxe dunha teoría física” (p.135). Por lo tanto, es preciso asumir la dimensión teórica de la Historia para construir racionalmente un discurso histórico válido y suficiente, y profundizar en el significado de determinados conceptos –tales como feudalismo o civilización²¹– que los propios historiadores han acuñado, y “repensar algúns dos problemas que estaban presentes nel [en el conocimiento histórico] e que se refiren á natureza das sociedades e ós individuos dunha forma nova” (p.183).

¹⁸ De ahí su insistencia en el Holocausto. Creemos que resulta de interés en relación con este punto del razonamiento del profesor Bermejo Barrera, la obra de FINKIELKRAUT, A.: *La memoria vana del crimen contra la humanidad*, Barcelona, 1990 (París, 1989).

¹⁹ BERMEJO BARRERA, J.C.: *Pensa-la Historia* ..., pp.104-105.

²⁰ *Ibid.*, p.132.

²¹ BERMEJO BARRERA, J.C.: *El final de la historia* ..., pp.172 y ss.

Entre estos problemas-cuestiones que se le presentan al historiador, hay dos que merecen un especial interés para la Historia misma, toda vez que se supone que se trata de la disciplina encargada de valorar e investigar el pasado, y de que sus contenidos han sido fundamentales para la educación de los ciudadanos. En la primera de ellas, el profesor Bermejo sitúa como elemento clave de su reflexión los límites de la realidad histórica (capítulos 6, 9 y 10 principalmente), partiendo del presupuesto de que el modelo interpretativo rankeano referido a dicho concepto ha estado vigente en la Historiografía Occidental²² hasta que Hayden White publicó en 1973 su *Metahistory*²³. La realidad histórica –filosóficamente entendida– responde a varios estadios²⁴, por lo que el historiador no deja de ser una víctima de su propia ilusión²⁵; y si el conocimiento histórico cuenta con la suficiente validez, ello es debido a la estrecha relación que mantiene con los sistemas de valores, y no por poseer “un método científico de validez universal”²⁶. Así, el “realismo absoluto” no deja de ser una ilusión ficticia de la que se vale el propio historiador para otorgarle verosimilitud a sus discursos, lo cual se traduce en realidad en una inminente subjetividad que, a fin de cuentas, limita peligrosamente su labor. Si se pretende moralmente superar dicha situación es preciso, pues: 1º. valorar el contexto histórico en el que el historiador accede a la documentación histórica; 2º. evitar idealizar en exceso la sociedad del pasado; y 3º tener en cuenta que “o realismo inxenuo resulta totalmente insostible” (p.248).

²² El propio Bermejo así lo ha expresado en los siguientes términos: “A concepción rankeana da realidade histórica podería sintetizarse nos termos seguintes. En primeiro lugar pódese afirmar que existe unha realidade histórica, que é exterior e independente dos historiadores que deben estudiala. Esa realidade histórica, ademais de ter existencia, é perceptible, e o medio máis axeitado para acadala súa percepción é precisamente a ciencia da historia. A ciencia da historia pode ademais non só percibi-la dita realidade, senón percibi-la na súa totalidade, ou polo menos nos seus trazos esenciais, de xeito que o que non sexa percibido por ela non altere o contido substancial da nosa percepción. Unha vez percibida, esa realidade histórica pode ser tamén expresada a través do relato histórico que consegue capta-la súa esencia, que vén marcada pola temporalidade. É necesario narrar para facer historia, porque tódolos fenómenos históricos se desenvolven no tempo, e a forma básica que nos permite capta-la duración é a narración. Nese relato o historiador non desempeña un papel configurador. O historiador desempeña un papel activo, en tanto que é quen leva a cabo a investigación nos arquivos e en tanto que é quen escribe. Pero non se debe interpoñer entre o lector e os feitos. O historiador tense que anular e actuar como un mero cristal transparente que permita pasa-la luz da realidade ás mentes dos seus lectores”.

BERMEJO BARRERA, J.C.: *Pensa-la Historia* ..., pp.148-149.

²³ BERMEJO BARRERA, J.C.: *El final de la historia* ..., pp.217-220.

²⁴ Estos son:

- la realidad histórica entendida como un substrato
- la realidad histórica entendida como realidad documental
- la realidad histórica construida
- la realidad histórica que es realidad histórica expresada
- la realidad histórica sentida, o percepción y expresión individuales de la realidad histórica
- y la realidad histórica inducida

²⁵ BERMEJO BARRERA, J.C.: *Pensa-la Historia* ..., p.161.

²⁶ *Ibid.*, p.225.

Respecto a la enseñanza de la Historia (capítulos 11 y 12), el autor saca a la palestra un problema en el que se halla inmersa en la actualidad la disciplina histórica, cuando menos desde hace una década: la pérdida progresiva del papel privilegiado que ha tenido la enseñanza oficial –entiéndase a partir de instituciones públicas y privadas– en la educación cívica de los ciudadanos, en la cual le había correspondido un papel harto importante, sobre todo si tenemos en cuenta el servicio que ésta aportó a la consolidación de los estados contemporáneos. La cada vez más presente, y parece que inevitable, cultura mediática, en parte responsable del retroceso que han experimentado los saberes humanísticos, parece que ha situado a la Historia y a la enseñanza de la Historia, finalmente, en un punto crítico en el que se hace necesario el replanteamiento de cómo se debe enseñar ésta: “Ou o ensino da Historia adquire unha dimensión crítica, ou pouco a pouco quedará reducido case a nada, pois as mensaxes que antano transmitiron os libros e o ensino da Historia poden ser mellor transmitidos por outros medios” (pp.264-265). Ahora bien, tal como nos recuerda Bermejo, el historiador todavía puede encontrar sentido a su función al enfrentarse a esta tendencia indiscutiblemente adversa, por lo que su tarea pedagógica e investigadora se traduce en un importante aporte moral “fundamental para la sociedad del momento presente”²⁷.

Apéndice

1. “Podería escribirse toda unha historia da historiografía desde o punto de vista do silencio. Trataríase de observar cómo desde o mundo grego ata a actualidade os historiadores limitaron conscientemente o campo dos seus enunciados” (J. C. Bermejo, 2000: 100).

2. “¿Qué significa pensa-la historia? Por suposto facela dun xeito reflexivo, pero esa é unha conducta que se lle presupón a tódolos historiadores, aínda que de feito tenden a seguir máis ben mecánicamente os métodos e técnicas establecidos” (J. C. Bermejo, 2000: 123-124).

3. “A historia, ó contrario que as ciencias físico-matemáticas, non utiliza o método experimental, nin manexa unha linguaxe de validez universal como é a linguaxe matemática na que poida analiza-los resultados das súas observacións. O feito de que a historia non sexa un saber de carácter experimental é de capital importancia, porque o historiador non pode nunca repetir artificialmente no laboratorio os feitos que estudia, uns feitos que por outra banda nunca ou case poderá observar” (J. C. Bermejo, 2000: 132).

²⁷ Ibid., p.284.

4. “En certo senso tódolos historiadores son hegelianos (naturalmente sen sabelo) porque sosteñen, igual que o grande mestre nas súas *Leccións sobre a filosofía da historia universal*, que todo o racional é real e todo o real é racional” (J. C. Bermejo, 2000: 191).

5. “O Estado contemporáneo cambiou profundamente. A soberanía nacional, tamén fundamente cambiada, trata de facerse compatible cunha orde mundial na que a economía e o poder político e militar cada día están máis internacionalizados. A maquinaria estatal medra, e os seus aspectos administrativos parecen supera-los propiamente políticos. Por iso un discurso histórico centrado na nación resulta cada día máis anacrónico, agás no caso dos nacionalismos emerxentes, que ideoloxicamente tratan de se manter dentro dos moldes do nacionalismo decimonónico. A isto se debe que se producira o que soe chamarse “crise da historia”” (J. C. Bermejo, 2000: 283).